

# PONENCIAS

## DISCERNIMIENTO, EXISTENCIA Y REALIDAD: una aproximación filosófica al discernimiento espiritual

Prof. Dr. Nelson Tepedino

### Abstract

This essay looks forward to make a philosophical reflection about the anthropological, metaphysical and cognitive conditions of possibility of the Christian Discernment, with the purpose of outlining a tentative way of showing how this one is demanded by the same human condition. We will be showing how the ethical discernment, as an exigency of freedom, opens from itself to a theological dimension, that, assumed from the horizon of faith and the criteria that this one provides, allows to elevate it to a properly spiritual dimension, in which the man looks forward to discover that which expresses the possible and human character and, therefore divine, of the reality in which we are.

El tema del discernimiento es uno de los más interesantes de la teología católica. Ya en el Nuevo Testamento, especialmente en las cartas paulinas, nos encontramos con un tratamiento explícito del asunto, en variados contextos. Toda la tradición posterior lo seguirá desarrollando, hasta llegar a espiritualidades que están construidas en torno a un método de discernimiento espiritual, como es el caso de la espiritualidad ignaciana. Lejos de ser algo eventual u “optativo” para la vida cristiana, el discernimiento parece tener un lugar central en la historia de la espiritualidad católica. Sin querer entrar aquí en el problema de la definición más adecuada del discernimiento, podemos entenderlo, de manera muy general como *“aquel sentido de orientación que permite al individuo en su concreto momento presente encontrar la forma de existencia (cristiana) que es adecuada para él”*<sup>1</sup>. En lenguaje más tradicional, es famosa la de Ignacio de Loyola, sobre todo por la influencia que ha jugado en la constitución de la

---

<sup>1</sup> KLINGER, Elmar: *Discreción de espíritu*, en *Sacramentum Mundi. Enciclopedia Teológica*, Barcelona: Editorial Herder, 1982, pág. 359.

<sup>2</sup> IGNACIO DE LOYOLA: *Ejercicios Espirituales*, 1ª. Anotación, en *Obras Completas*, Madrid: BAC, 1982, pág.8.

## Dr. Nelson Tepedino

espiritualidad moderna y contemporánea de la Iglesia: “...*buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánimo*”<sup>2</sup>. José M. Castillo, en un estudio ya clásico, lo define con una pregunta: “¿*Cómo puede y debe un creyente saber lo que tiene que hacer para proceder rectamente y agradar a Dios en todo momento?*”<sup>3</sup> En los mismos términos lo hace Pablo: “*No vivan ya según los criterios del tiempo presente; al contrario, cambien su manera de pensar para que así cambie su manera de vivir y lleguen a conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que es grato, lo que es perfecto*”<sup>4</sup>.

Salvo en la primera definición, todas las que he citado hacen referencia al problema de buscar y encontrar la “voluntad divina” sobre la propia vida, para poder actuar conforme a ella en la situación existencial concreta en la que se encuentra el creyente. La primera, si bien no habla de la “voluntad de Dios”, habla de buscar una forma de existencia que esté “adecuada” a lo propiamente cristiano en una situación dada. En este sentido, todas coinciden en entender el discernimiento como un ejercicio eminentemente *práctico*, que busca dar orientación *específicamente cristiana* a la propia vida en un momento personal e histórico determinado. Precisamente porque el tema de la “voluntad de Dios” y la posibilidad de “percibirla” es uno de los más espinosos, complejos y polémicos desde el punto de vista teológico y filosófico, es notable que la primera definición omita cuidadosamente dicha expresión, limitándose a referir el discernimiento al ámbito de la existencia concreta e intramundana del sujeto que busca darle un contenido específicamente cristiano a su vida. Resalto esto para mostrar una dificultad que se me presentó tan pronto comencé a preparar esta ponencia: lo más rico de la discusión sobre el discernimiento es lo que está, digámoslo así, del “lado de allá” de la disciplina en la que soy competente, que es la filosofía. Es decir, que lo más medular y decisivo del tema se juega en el ámbito de lo propiamente teológico, y lo que más me interesaría discutir va a tener que quedarse como pregunta a ser pensada en el futuro. Así que me voy a limitar a quedarme del “lado de acá”, que es, para mí, el de la filosofía, por lo cual no haré referencia en estas breves páginas a la médula teológica y espiritual del discernimiento. Esta médula tendría, a mi modo de ver, dos grandes vertientes de desarrollo: primero, la de saber qué es lo que se puede entender por “voluntad de Dios” y si esta “voluntad divina” es de alguna manera comunicable al hombre,

---

<sup>3</sup> CASTILLO, José María: *El discernimiento cristiano. Por una conciencia crítica*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 1989, pág. 9.

<sup>4</sup> Rom. 12, 2.

## DISCERNIMIENTO, EXISTENCIA Y REALIDAD.

así como también si éste está en capacidad de “percibir” o “tener experiencia” interna de dicha “voluntad” y, en caso de una respuesta positiva, de saber cómo se efectúa dicha “percepción” y cómo es posible articularla en el lenguaje. Segundo, obviamente muy ligado a la primera, la de los *criterios* propiamente cristianos que sirven para medir la pertinencia o no de aquello que se discierne.

Ambas vertientes van mucho más allá de lo que la filosofía pueda dar, si bien tienen una dimensión filosófica innegable y que debe ser asumida. Esta dimensión podría ponerse de manifiesto de muchas maneras: por una parte – cosa que me encantaría poder hacer, pero que sobrepasa con mucho las pretensiones de este ensayo-, sería una labor muy interesante someter a crítica filosófica los diversos discursos que sustentan las distintas prácticas o espiritualidades de discernimiento dentro de la Iglesia. Por otra parte, y eso es justo lo que voy a hacer aquí, la filosofía puede dar un modesto pero muy importante aporte en lo referente a las *condiciones de posibilidad* antropológicas, metafísicas y epistemológicas para la práctica y la teoría del discernimiento cristiano. Y esto porque si bien el discernimiento es la actividad propia de una vida que busca dimensionarse desde la fe asumida como verdadera, la filosofía es la reflexión que busca la razón última de esa *misma* vida en tanto que realidad intramundana que es capaz de preguntarse por sí misma y por su sentido. La fe, como respuesta revelada a ese inquirir constitutivo del hombre, ilumina no una vida ni una realidad “distintas”, sino la misma y única realidad humana que es objeto del pensar. La filosofía, digámoslo brevemente, muestra la estructura interna de ese preguntar y trata de establecer con claridad si éste tiene una densidad real tal que justifique lo razonable de la fe y su pertinencia como posible respuesta *verdadera* a una inquietud igualmente *auténtica* en tanto que humana y real.

En esta línea, veámos que el discernimiento cristiano, tal como lo define la tradición, implica varias dimensiones importantes: primero, una necesidad de *orientación* del sujeto, entendida ésta de manera amplia tanto como una orientación del propio actuar, como una determinación de la forma adecuada que debe asumir la propia existencia. Segundo, esa necesidad de orientación responde a una *situación* concreta en la que el sujeto se encuentra y que, en tanto exige una tal orientación, es, en sí misma, *problemática*. Y, tercero, en la mayoría de los casos esa orientación provendría de la correcta aprehensión y comprensión de la “voluntad de Dios” sobre el sujeto en dicha situación concreta

o, al menos, de la correcta aplicación de unos “criterios” adecuados que garanticen no cualquier respuesta, sino la que es “agradable a Dios” o aquella que pueda considerarse como específicamente *cristiana*<sup>5</sup>.

Los dos primeros elementos no pertenecen exclusivamente a lo que pudiéramos llamar la dimensión “religiosa” del hombre, sino que son propios del ser humano en cuanto tal: todos los hombres se enfrentan a la necesidad de darle forma a su propia existencia y de tener que decidir cuál es la manera más adecuada de actuar en cada momento, sean cuales sean los criterios de los que se sirvan para medir dicha adecuación de sus opciones. Asimismo, todos los seres humanos tienen que hacer estas opciones en medio de una *situación concreta*, que es en sí misma infinitamente compleja y multidimensional: la situación es siempre íntima y personal, así como, a la vez, social, histórica, económica, cultural, política, etc. Sólo el tercer elemento sería el propiamente “religioso”, en cuanto presupone la fe en el Dios cristiano y la comunicabilidad de su voluntad al hombre necesitado de orientación en medio de su singular situación. Sin embargo, como muy bien ha mostrado Xavier Zubiri<sup>6</sup>, toda fe religiosa es respuesta a una pregunta constitucional del hombre que es *previa* a cualquier credo (o a la negación de que se pueda creer en algo) y que, por lo tanto, lo posibilita (o no). Esa “pregunta” es lo que Zubiri llama la “dimensión teologal del hombre”, asunto sobre el que ya volveremos, pero que, tomado en este sentido, apunta también a un elemento antropológico universal: el hombre no busca sólo orientarse en su situación, sino hacerlo desde una cierta fundamentalidad última y radical que le de sentido a dichas opciones.

Así, tendríamos que el discernimiento presupone al menos tres dimensiones del hombre, que son a las que propiamente hay que dirigir la pregunta filosófica

---

<sup>5</sup> En este tercer elemento cabría diferenciar entre un tipo de discernimiento centrado en la “escucha” de la “voz de Dios” en la intimidad de la persona y otro más “racional”, que apela más bien a la adecuación de las posibilidades sometidas a examen a unos ciertos “criterios de discernimiento” que permitan mensurar intelectivamente su pertinencia como específicamente cristianas. Ambas opciones no son mutuamente excluyentes, pero que un discernimiento obedezca más a una de ellas dependerá de la respuesta que se dé a ciertos problemas muy densos que tienen que ver con la manera en que se entienda la (o se rechace) la posibilidad de una “comunicación” de Dios con el sujeto individual.

<sup>6</sup> Ver ZUBIRI, Xavier: *En torno al problema de Dios*, en ZUBIRI, Xavier: *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid: Alianza Editorial-Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1987, págs. 417-454; *Introducción al problema de Dios*, en ZUBIRI, Xavier: *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid: Alianza Editorial-Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1987, págs. 393-416; *El hombre y Dios*, Madrid: Alianza Editorial-Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1984.

## DISCERNIMIENTO, EXISTENCIA Y REALIDAD.

acerca de si ellas abren el campo que hace posible el discernimiento cristiano y en qué forma, es decir, con cuáles límites y virtualidades: una primera dimensión, que es la *dimensión ética* del ser humano; una segunda dimensión que pudiéramos llamar su *dimensión situacional* y que comprende tanto lo biográfico-personal como el complejo “histórico-cultural” y, por último, una tercera dimensión que llamaremos zubirianamente la *dimensión teologal* del hombre.

Con esto, ya tenemos prácticamente esbozado un programa de investigación o un camino tentativo para comenzar a mostrar filosóficamente cómo el discernimiento es algo que viene internamente exigido no por la mera adscripción a la fe cristiana, sino por la misma condición humana. Programa que por cierto valdría la pena abordar con todo detalle, pero que las limitaciones de esta ponencia me obligan a presentar de manera esquemática y, por ello, quizás de una forma que puede sonar un poco “dogmática”.

La primera dimensión, la dimensión ética, es, como se dijo, común a todos los seres humanos. Cuando digo esto, no me estoy refiriendo a códigos y normas, sino al hecho de que el ser humano está impelido por su propia constitución ontológica a darse forma a sí mismo a través de la creación y apropiación de posibilidades<sup>7</sup>, en la medida que su existencia no está rígidamente clausurada por sus instintos y estos no le garantizan su viabilidad, sino que, por el contrario, tiene que crear formas de existencia propias que aseguren el logro de su propia vida. En otras palabras, el hombre es constitutivamente libre y esta libertad radical es la raíz de la *ética*: porque no tiene el hombre una forma única de ser que le venga instintivamente “programada”, tiene éste que construirse un *ethos*, una forma cultural que le permita dar sentido a su vida, que “cobije” el desamparo<sup>8</sup> y la fragilidad existencial que lo caracterizan y que, paradójicamente, constituyen a la vez su más íntima debilidad y la raíz de su propia grandeza. En este sentido, por ser radicalmente libre, el hombre está obligado a hacer un *discernimiento moral* de las opciones que se le presentan en la vida, y las mide según su apropiación contribuya al logro o malogro de su propia existencia. Conforme

---

<sup>7</sup> En esto sigo el pensamiento de Xavier Zubiri. Remito al lector a su curso *El hombre, realidad moral*, publicado en ZUBIRI, Xavier: *Sobre el hombre*, Madrid: Alianza Editorial, págs. 343-440.

<sup>8</sup> Martin Heidegger remite a la antigua etimología de la palabra *ethos* como *morada*, *hogar*, *cobijo* y como *forma de ser*, de la cual se derivaría más tarde el sentido más abstracto de *costumbres*, que, a su vez, derivaría en el de *norma* o precepto. Ver HEIDEGGER, Martin: *Brief über den “Humanismus”*, en *Wegmarken*, (*Gesamtausgabe. I. Abteilung: Veröffentlichte Schriften 1914-1970, Band 9*), Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1996, pág. 356.

aumenta la experiencia histórica de la humanidad, el aprendizaje moral del hombre se va decantando primero en valores vehiculados culturalmente y, a su vez, en códigos y normas morales que pretenden garantizar que no se pierda lo ganado en el largo proceso de irse labrando figuras de realidad más o menos viables a lo largo de la historia. A mayor densidad histórica y cultural, mayor será el peligro de confundir el *discernimiento moral* con la adecuación rígida del sujeto a esas normas y códigos, que no pueden nunca sustituir el momento íntimo de la decisión personal en una situación concreta y el riesgo que comporta. Sin embargo, esta brevísima descripción nos muestra, primero, que el hombre está obligado por su propia constitución existencial a *discernir* la pertinencia o no de sus elecciones. Segundo, que este discernimiento no es aún *espiritual*, sino *moral*. Pero, en todo caso, ganamos algo: discernir no es algo que se presente tan sólo como una necesidad interna de la fe, sino una exigencia de la existencia humana en cuanto tal y que está fundada en la libertad. No sólo eso, sino que discernir es ejercer conscientemente la propia libertad y, por ello, es requisito imprescindible de la apropiación responsable de sí mismo.

La segunda dimensión, la dimensión situacional, supone, sencillamente, que la libertad se ejerce no de manera abstracta sino en la determinadísima concreción de una situación que es, en sí misma, muy compleja: implica lo que el hombre hace de sí mismo en su propio decurso vital como individuo, así como también aquellos factores que lo han moldeado independientemente de su voluntad, como lo son la cultura en la que se nace, su familia, el momento histórico en el que se encuentra, los avatares de la vida, etc. Es lo que algunos llaman sus “condicionamientos”. Además de eso, la situación es la que exige que se responda a ella a través de la apropiación o no de determinadas posibilidades hacia las que el sujeto se ve impelido para poder realizarse. Esta situación no es sólo “externa”, sino también “interna”, y supone muchas cosas importantes para nuestro tema. Yo quisiera recalcar que nos pone frente a un dato central para el problema del discernimiento, sea este espiritual o no: impelido por su propia libertad a tener que optar entre las posibilidades que su realidad le ofrece, el hombre tiene que saber escuchar y leer esa realidad. Es decir, tiene que saber *interpretar* adecuadamente lo que su situación le está planteando para poder discernirla. Y el dato particular, que es realmente clave para nuestro asunto y es el que además muestra con mayor fuerza a necesidad del discernimiento, es el hecho de que esa “lectura” no es una lectura desde “fuera”, no hay un lugar de “objetividad” pura desde el cual se pueda ver con absoluta transparencia la propia situación, sencillamente porque el hombre tiene que leerla *desde adentro*, sin poder salir nunca de ella y determinado siempre por ella. El discernimiento en situación

## DISCERNIMIENTO, EXISTENCIA Y REALIDAD.

está inserto siempre dentro de un auténtico círculo hermenéutico: la situación personal e histórica que quiero discernir tengo que discernirla desde ella misma, desde los “condicionamientos” que me impone y me conforman, que son, a su vez, lo que posibilitan que tenga un determinado “punto de vista”, capaz de revelar algo nuevo para iluminar aquello que quiero discernir. Así, *discernir es interpretar*. Y como toda interpretación, requerirá de un sinfín de mediaciones que nos permitan ahondar y profundizar en el espesor insondable de cada situación. En virtud de ello, surgirán muchos “métodos” que nos ayuden a realizar la lectura adecuada de la realidad, tanto de la personal como de la histórica en la que estamos insertos. Las *Reglas de Discreción de Espíritu* de Ignacio de Loyola, por ejemplo, pueden verse como un decantado de una larga tradición cristiana de métodos que conciben la vida espiritual como un arte de interpretación de la vida interior, como una hermenéutica de sí mismo. En el campo profano, lo mismo puede decirse del psicoanálisis en todas sus corrientes, así como de otras muchas disciplinas de las ciencias sociales. Esto, por otro lado, supondrá siempre saber que el misterio de la realidad no se agota nunca y que toda decisión se toma en una zona de sombra y riesgo propia de este carácter condicionado de la experiencia, quitándole así al discernimiento cualquier pretensión de búsqueda neurótica de seguridad absoluta y situándolo más bien en el terreno más ambiguo pero más humano de la *incertidumbre*<sup>9</sup>.

La tercera dimensión es la que nos sitúa propiamente en el campo del “discernimiento espiritual”, y es la que he llamado, siguiendo a Zubiri, la dimensión teologal del hombre. Con ella no entramos todavía en el terreno propio de la fe religiosa, mucho menos en el de la fe cristiana, pero es la condición de posibilidad de ella. Ha habido en la filosofía contemporánea un interesante movimiento del pensar que, lejos de rechazar el problema de Dios como un “pseudo-problema”, a la vez que alejándose del intento de pretender encontrar “pruebas” o “demostraciones” racionales de la “existencia” de Dios, ha intentado recuperar este tema tan caro a la filosofía desde una perspectiva que podríamos llamar a *grosso modo* de “mostración fenomenológica” de la apertura del hombre a un fundamento último de su existencia. Pienso en Zubiri, en el “segundo Heidegger” y en el Rahner más filosófico. En líneas generales, esta manera de argumentar parte de la idea de que el hombre no “está” “frente” a la realidad (o al “ser”, según sea el filósofo), como si fuera algo externo a ella, sino más bien es el

---

<sup>9</sup> Sobre esto, las páginas más lúcidas que he leído son las del breve ensayo de Armando Rojas Guardia titulado *El principio de incertidumbre. Qohélet y la moral provisional*, Caracas: Ediciones del Museo Jacobo Borges, 1996.

## Dr. Nelson Tepedino

hombre quien está “en” la realidad y ésta, a su vez, está “en” él, en la medida que se “impone” con su propia fuerza a su sentir. Para Zubiri<sup>10</sup>, ser hombre consiste en “aprehender sentientemente” el carácter real de las cosas, que se le impone desde sí mismo de una manera inexorable. En tanto que él mismo es real, el hombre se ve remitido al hecho de que ese carácter de realidad suyo y de las cosas no le viene de sí mismo y tampoco de las cosas como entes individuales, sino de “algo” enigmático que hace que las cosas sean y que, aún más, impele al hombre a ser real, en tanto que se “apodera” de él al imponerle su propia realidad. Esto, insiste Zubiri, no es algo que el hombre “piense”, sino algo que le es dado en su sentir, en su estar “atemperado”, modulado por la fuerza misma de la realidad. Es lo que él llama “religación”: el hombre está sentientemente “ligado” no sólo a la realidad a secas, sino al poder que hace que haya realidad y que, como tal, se le impone, haciendo que se pregunte qué o quién será eso tan enigmático que se “esconde” detrás de todo. Heidegger, por su parte, expondrá ideas similares, si bien no tan rigurosas como las de Zubiri, en la segunda etapa de su pensamiento<sup>11</sup>, al mostrar cómo el hombre se constituye como tal en la experiencia del Ser que se le da a su sentir como fundamento de los entes, revelando su nuda presencia a la vez que ocultando su más íntima naturaleza, “iluminando” los entes al “hacer que ellos sean”, pero sin mostrarse él mismo en toda su transparencia, sino tan sólo en su carácter de fundamento posibilitante del ser de las cosas. Según Zubiri, esa realidad absoluta, fundamento de todas las cosas reales y, a mi modo de ver, ese misterioso “Ser” heideggeriano, es precisamente lo que podemos llamar “Dios” en sentido filosófico. En cuanto tal, nos es dado como *problema*. No en su transparencia, como bien apunta Heidegger, sino como el enigma que surge de la *experiencia* de que hay “algo” que está “haciendo que haya cosas”. El hombre estaría así constitutivamente abierto a Dios, es decir, a la fundamentalidad última de la realidad y de la propia existencia. Esta experiencia estaría en el hombre como pregunta y no como respuesta, como constitutiva *problematicidad*. La filosofía nos traería hasta aquí, porque la fe sería la instancia de la respuesta: el significado de ese enigma y su identidad, su “nombre” en sentido bíblico, es precisamente lo que viene por la vía de la Revelación.

---

<sup>10</sup> Lo que sigue está inspirado principalmente en ZUBIRI, Xavier: *El hombre y Dios*, Madrid: Alianza Editorial-Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1984.

<sup>11</sup> Ver, especialmente, HEIDEGGER, Martin: *Brief über den “Humanismus”*, en *Wegmarken*, (*Gesamtausgabe. I. Abteilung: Veröffentlichte Schriften 1914-1970, Band 9*), Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1996 y HEIDEGGER, Martin: *Beiträge zur Philosophie*, (*Gesamtausgabe. III. Abteilung: Unveröffentlichte Abhandlungen. Vorträge-Gedachtes. Band 65*), Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1989.

## DISCERNIMIENTO, EXISTENCIA Y REALIDAD.

Lo interesante para nuestro tema es que, si eso es así, aquello que el hombre discierne y que hasta ahora habíamos caracterizado como un discernimiento meramente “ético”, estaría abierto a una ulterior dimensión más profunda, porque esa realidad que ofrece posibilidades a la libertad en orden a la realización del hombre es la misma realidad que le da la experiencia del enigma de su propia fundamentalidad, es decir, de la presencia oculta de Dios como donador y posibilitante último de la existencia. Eso tendría como consecuencia que la lectura de la realidad en la que consiste el discernimiento humano se puede *abrir desde sí misma* a un nivel “espiritual”, que no es un nivel “más allá” de lo real, sino más bien el nivel de lo “más acá” y de lo “más profundo” de la realidad en la que el hombre vive. El discernimiento espiritual no es “otro tipo” de discernimiento “al lado” del discernimiento ético, sino más bien su profundización y elevación a la luz del misterio de la ultimidad oculta detrás del escenario que nos problematiza y nos exige respuesta. En el discernimiento espiritual, el hombre busca descubrir en esas opciones que la realidad le ofrece aquello que expresa con mayor claridad el carácter posibilitante, humanizador y por lo tanto divino, de la realidad en la que estamos o que, como dirían Heidegger o Zubiri, nos posee. Este estar poseídos por la problematicidad enigmática de nuestra propia existencia, nos muestra que Dios es presencia no sólo fundante sino interpelante, y esa interpelación se da siempre *en* la realidad y no “fuera” de ella<sup>12</sup>.

Obviamente, es la fe quien revela la última palabra acerca de la identidad de ese Dios que se da a conocer veladamente en lo real. Pero la filosofía nos puede mostrar que la fe es una respuesta a un problema inscrito en la condición humana. Asimismo, la fe otorgará criterios para poder “escuchar” adecuadamente a ese Dios que se nos da “oscuramente”, como gustaba decir San Juan de la Cruz. Pero la fe no exigirá nunca que nos “salgamos” de nuestra

---

<sup>12</sup> Esta interpelación, que no es meramente “intelectual” sino intelectual y que, por lo tanto, nos viene dada en el sentir, supondrá aprender el arte de la lectura de las infinitas formas en las cuales nos vemos afectados y “atemperados” por la presencia misteriosa de Dios en lo real. Es por eso que existen “métodos” de discernimiento espiritual, técnicas para aprender a escuchar, leer y cribar lo que nos viene dado en esa experiencia. En este sentido, hay que diferenciar el discernimiento espiritual de la “discreción de espíritus”, que no es sino una de las técnicas desarrolladas para poder realizar un buen discernimiento, y que no es invento de Ignacio de Loyola, sino de una larga tradición que podría decirse que nace con la misma Iglesia. Sobre esta diferencia entre *discernimiento espiritual* y *discernimiento de espíritus*, así como también sobre la historia del discernimiento en la Iglesia, se puede leer RUIZ JURADO, Manuel: *El discernimiento espiritual. Teología. Historia. Práctica*, Madrid: Alianza Editorial, 2002.

***Dr. Nelson Tepedino***

---

realidad o de nuestra coyuntura histórica y personal para poder discernir qué es lo correcto en cada momento. Más bien nos dará elementos para poder leer adecuadamente el texto de nuestra situación y para poder ver *en ella* lo que hay de divino en nuestro presente, es decir, las posibilidades que ofrece para poder construirnos más humanamente, más *realizados* a partir de lo que se nos ofrece desde el fondo último y misterioso de esa situación, por más oscura y desesperada que ésta pueda aparecer a nuestros ojos. Muy importante también es saber que lo que Dios nos da no es la “solución” de nuestros problemas, ni la certeza última a nuestra incertidumbre, sino las posibilidades que necesitamos para poner en juego nuestra libertad y, con ella, para construir creativamente, con todas las mediaciones culturales y racionales de las que disponemos, la figura lograda de nuestra humanidad.